

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANISTICOS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Año I

Nº 1

1960

como se las concibe, el *valor es real*, o, por el contrario, una *esencia abstracta* y como tal *no es real*, pues no puede existir de ese modo.

En síntesis, tomado en su *realidad participada* el valor es un *bien real*, una *esencia real*, una *esencia posible realizable* por la actividad espiritual de la persona humana; pero tomada como *esencia imparticipada* de un bien determinado, concebido universal y abstractamente, por participación de la cual son buenas las acciones y seres concretos, *no es real en cuanto tal*, aunque se *fundamente en la realidad*, en cuanto sus notas constitutivas han sido tomadas de la realidad individual concreta por abstracción de sus notas individuantes.

LA ACCIÓN EN LA METAFÍSICA PRESENCIAL FILOSOFÍA DEL HACER

Dr. PEDRO CABA
Madrid

PRE-OCUPACIÓN Y ACTITUD: LA ACCIÓN Y EL HACER

EL ESPÍRITU ES ACCIÓN. La existencia del hombre es un "siendo", esto es, acción. Pero acción es algo más y algo previo a la actividad y al movimiento y a toda realización: es lo que hace que el hombre se cumpla como "ser quien". Ya dejé dicho en otra parte: El espíritu ama la acción y odia el movimiento. Y dije algunas cosas más que ahora interesa recordar, pero que yo no recordaré, sino que ampliaré en lo necesario para ir a donde voy.

En la acción se integra y cumple el hombre como respuesta y como pregunta. La presencia del hombre en el mundo, como *pre-esencia*, viene de un "pre" fundamental, y se pone en el mundo como una *dis-posición* previa y prima para la acción: la *actitud*. El hombre es un *pre-ocupado* fundamental. Antes de toda ocupación, aparece *pre-ocupado* por lo divino. En esa *pre-ocupación* se da el asombro y el temor originarios, con la adhesión o ligación de la fe primordial. Pero una vez vuelto al mundo, orientado a él, en cuanto el hombre empieza a presenciar, empieza también su existir y con el existir, su acción, su "siendo". Y lo primero es la *actitud* presencial que es acto y acción, aunque no todavía actividad. De la actitud mana el sentido existencial que

se hace intencionalidad y cuidado con sus formas primeras: intención, atención, admiración y mirada. El cuidado da paso a la ocupación con sus formas primarias: contemplar, pensar, originar, amar, creer, esperar, recordar, proyectar; y al "hacer", con las suyas: hablar, obrar, operar, ejecutar, realizar, consumir. El morir no es un hacer porque es él el que obra, y nosotros somos pasivos para la muerte, la cual nos *hace* morir; no somos nosotros los que la *hacemos*. La muerte nos ocurre, nos sobreviene, casi como el *futurante* del vivir. Nuestro vivir labra nuestra muerte, es irse muriendo, pero "nuestro vivir" no somos nosotros, ni podemos disponer de él. Vivir no es una actitud, como no es acción ni ocupación, ni preocupación, ni sentido existencial; vivir es un *hecho*, no un *acto* ni una suma de *actos*. El vivir es un dato con que nos encontramos y con el que tenemos que contar para existir y realizarnos como *seres-quién*. *No hacemos* nuestra vida sino nuestra existencia. Nos dan la vida, pero no el existir. No consumamos nuestro morir; pero tampoco él nos *consume*, sino que nos *consume*. Lo que nos consume es nuestra inmortalidad. En la acción nos consumamos o realizamos como espíritu. En el hacer nos consumamos como hombres. Y si somos fieles a la vocación existencial, en el hacer nos autentificamos y plenificamos. Para ello, el hacer se nos vuelve "obrar", es decir, un dejar en el mundo alguna obra hecha. El hacer avanza hacia el obrar según estos grados: juego y jugueteo, deporte, quehacer, trabajo y poetizar; este último es la forma más alta de obrar. Para el obrar, hay una *dis-posición*: la aptitud, una especie de agilidad prevista, una *ad-aptación* de la intencionalidad a la realidad objetiva de las cosas. El sentido existencial se hace afán o cuidado, en que la intencionalidad, de espaldas a la perplejidad primera, se vuelve mirar, admirar y atender. Y de ahí la autoconciencia y la búsqueda, y con ésta, la pregunta, y con el preguntar, el saber, el conocer, comprender, entender, ignorar consciente, etc. El pensar es acción (como amar, esperar, recordar) y una forma de la acción es cuidar o curar (*procurar* es un cuidar más anhelante y tenso). La acción se hace intencionalidad, y la intencionalidad, se hace pensar y cuidado.

El cuidado es acción, pero no es todavía *hacer*, sino algo antes que hacer, un *pre-hacer* y en cierto modo, un *sub-hacer*. En el cuidado ya está la respuesta que es el existir y también la pregunta a punto de formularse. El responder existencial no es propiamente un hacer, sino "un hacer como-que se-hace": un *qué-hacer* esto es, un hacer sin fin, sin tensión y sin obra hecha, pero un hacer de mucho cuidado. El pensar es un "que-hacer".

A mitad del camino entre el pensar como acción y el hacer como obrar, está el cuidado, que es atención a cosas y personas. Poner atención en algo es poner mucho cuidado en ello. La *intención* es *in-tensión*; y es *ad-tender* en el cuidado. La *intención* es *intensión*, intensidad; una manifestación del hombre como ser intensivo. La *atención* es ya un "tender a...", un extenderse, una forma de ir al mundo de las cosas, al orbe de lo *extenso*. El espíritu como presencia y como sentido es *intensivo*, y por eso, es *intencional*. La intencionalidad no cuenta con campos, cosas, ni áreas de proyección; brota en sí misma, como disposición de la actitud para la acción, y en sí misma se cumple, la *atención* —el cuidado— ya *tiende* a las cosas del mundo.

Por último, son formas disminuidas del hacer; el pensar que es acción, pero ya *que-haciendo*; el jugar y aun el deporte, son manifestaciones del *sub-hacer*, y no son *obrar*, porque no dejan una obra hecha. También son formas del hacer, en diverso grado, el éxtasis, la contemplación, la admiración y el ocio. Pero no son formas disminuídas de la *acción*, sino del *hacer*. En cambio, el aburrimiento existencial y sus formas más conocidas (intemperie metafísica, vacío sentimental, apatía, indiferencia, inapetencia, desgana, frialdad afectiva, etc.) son formas degenerativas del hacer y casi tendencia a la parálisis existencial, por pérdida del sentido y de la acción.

No es posible —ni aconsejable— tratar aquí todas las formas de la acción a que acabo de aludir de un modo nervioso y apretado. Todas ellas serán estudiadas en libros venideros, pues toda una filosofía del trabajo brota ahí. Digamos solamente, por

ahora, aquello que conviene al desarrollo intencional de este momento.

PRE-HACER Y PRE-OCUPACIÓN

No hay *pre-acción* en el hombre porque ya su presencia es acción desde el "pre", existir, presenciar, son ya formas de la acción. Y antes de presenciar y existir, no hay en el hombre nada. Pero si no hay *pre-acción*, sí hay, en el hombre, *pre-hacer*, que no es un "hacer" anterior, sino un *antes del hacer*. Antes del hacer es la acción, y esa acción constituye un *pre-hacer*. El que *pre-hace*, *no hace* todavía algo, sino que, en su acción, *pre-para*, *pro-yecta* o *pro-grama* lo que va a hacer. El vero *pre-hacer* es presenciar, no presentarse, que es aparecer ante otros como espectáculo y presentación, sino presenciar, lanzar desde sí, desde el "pre" la *proyección* de la propia presencia. Pero es claro que ese "lanzar" y ese "desde sí" son modos de decir nada más, pues antes de "hacer" algo desde sí, hay presencia en el hombre.

No hay en el hombre *pre-acción*, pero hay *pre-ocupación*. Ocupar es ya un "hacer", y antes de hacer y ocupar, el hombre se *pre-ocupa*, se ocupa presencialmente a sí mismo; se autopresencia. Ocupar es presenciar y autopresenciarse es pre-ocuparse. El hombre es un ser fundamentalmente pre-ocupado por lo divino, y preocupador y preocupante de las cosas del mundo. Y también ocupado de ellas, con ellas, en ellas y por ellas. Para existir el hombre ha de ocuparse de cosas, pero, nótese bien, ocuparlas, y ocupar-se de ellas, preocuparse. Ahí nace el cuidado o la cura heideggerianos. Y a la vez el hombre *está ocupado* por las cosas. Estas, con su especialidad, su extensión, su coseidad, tienden a ocuparle. Y si el hombre no se autentifica, si no se libra y salva de la ocupación de las cosas, éstas le llenan, le inundan, le anegan, le hacen perderse entre ellas. Y le enredan y *entre-tienen*, y no se realiza con plenitud según la vocación existencial hacia su autenticidad. Por eso el hombre, para ser *quien debe ser*, ha de so-

meter las cosas, *sobre-ser* a ellas, juzgarlas, so-juzgarlas y ponerlas a su servicio. Más que ocuparse y pre-ocuparse de ellas, ocuparlas, tomarlas, conquistarlas y disponerse a *en-red-arlas*, esto es, saberlas, ponerlas en conexiones intencionales y manejarlas, *hacer* algo con ellas. Pero para ello ha de ponerse antes, a distancia, *pre-parar*, *pro-yectar*, *pre-hacer* en suma. En cambio, de las personas ha de pre-ocuparse, dejarse ocupar de ellas, porque su existir es co-existir y su presenciar, co-presenciar. Y más que *entretenerse* con las personas, y *en-red-arse*, ha de comprometerse y solidarizarse con ellas para responder en conjunto, para con-testar. Y en vez de un saber de ellas, tendrá sabiduría y amor y caridad.

El hombre no solamente hace, sino que *pre-hace*. Es el único ser vivo que puede y *debe* prometer, comprometer, adelantar, proponer, proyectar. Incluso todo lo que hace, es realizado con vistas a otro hacer ulterior, y los fines del hombre no son sino medios para otros fines, hasta llegar al último y verdadero fin que es su muerte de hombre, su realización existencia. El hombre es un animal que padece futuros, que se alimenta de lo que no es, de lo que no hay *todavía*, pero no por eso se alimenta de la nada, sino de sí mismo en proyección o proyecto, pues los futuros del hombre son siempre más o menos enérgicos y claros proyectos, programas, propósitos, promesas. Lo futurante, lo que puede *sobrevenir* sin previsión ni proyecto por su parte, no cae dentro de los futuros existenciales del hombre. Pero aun hay algo antes de proyectar, proponer, etc., y es la *inquietud* de la acción, verdadero *pre-hacer*, cuya más inminente ejecución resulta un *ante-proyecto*. "Tener inquietudes" por algo es disponerse, pre-disponerse a ese algo. El existir, antes que *hacer* es *pre-hacer*, acción, una disposición al hacer.

QUÉ-HACER Y HACER-QUÉ

Y al disponerse a hacer, surge, como anteproyecto el *hacer-qué* o *qué-hacer*, que no debe ser confundido con el "quehacer", sin

acento en el "que", como suave modulación del ir haciendo, pues se trata de un hacer sin acabamiento, entrehaciendo y entreteniendo el propio existir. Y es que existir, en efecto, es quehacer como melodía interminable de la acción, la cual busca aplicarse y enredarse en un hacer con las cosas. El primer hacer no es un quehacer sino un qué-hacer o hacer-qué, el cual empieza en anteproyecto. Dice Ortega que el hombre se elige a sí mismo, lo que me parece desacertado, pues el "sí mismo" hay que hacerlo, y el primer hacer-qué al cual el hombre se dirige y se propone, es el "sí mismo" que no puede aún ser elegido porque no está hecho. Y añade Ortega que entre los muchos "haceres-qué" del hombre que son posibles, tiene que acertar con el suyo. Este "acertar" parece en Ortega referirse a un "sí mismo" dado y hecho. Pero el caso es que habla de "elección", como si hubiera varios "sí mismos". Y dice que el acierto está en "resolverse certero entre lo que se *puede* hacer por lo que *hay que* hacer", de modo que el que no se elige bien, se frustra. A ese "hacer" acertado en la elección, le llama Ortega "quehacer": "El acierto en el vivir —dice— es lograr que su quehacer coincida con su hacer". Y ahí se ve que está identificando el "quehacer" con el "qué-hacer" o "hacer-qué", pues antes de cumplir ese proyecto de vida que somos —según Ortega— hay que hacer, elaborar ese proyecto vital, y entonces resulta que antes que el "quehacer" de cada vida, hay que dar a ésta el "qué" como contenido y finalidad, el hacer qué del proyecto mismo. Pero ese "qué" decisivo que orienta y sorbe el "hacer" existencial, el "faciendum", se nos anuncia en la vocación existencial, como sentido de ese proyecto y de ese quehacer en que va a consistir nuestro existir. Sobra decir que ese sentido y esa meta no se nos dan previamente al existir mismo, sino que los vamos experimentando a medida que vamos siendo y existiendo. Existimos, quehacemos, desde la persona, pero la persona es *lo que hacemos* con el existir, y lo que va quedando hecho del "existiendo".

La misión, la co-misión del hombre es existir, co-existir, en acción gerundiva de ir siendo y haciéndose. Y ese "haciéndose" es

un quehacer por su ininterrumpible continuidad melódica, y su hacer-qué es, en verdad, un "hacer-quién", esto es, un hacer la propia persona que sustancia el existir, pero una sustancia que, a la vez, resulta y origina. Me sorprende que Ortega no viera la distinción entre el "quehacer" y el "hacer-qué", porque creo recordar que ya en su epílogo al libro de Victoria de Ocampo, *De Francesca a Beatriz*, caracterizaba el quehacer como un hacer sin fin. Pero ahí está justamente la diferencia con el *hacer-qué*: el "quehacer" es interminable y vago de finalidad; el "hacer qué" es siempre un hacer algo concreto y determinado y es un hacer que pide término o acabamiento. El "quehacer" no tiene fin, no ya usando este vocablo como acabamiento o término, sino tampoco como fin tético o finalidad. En cambio, el "hacer-qué" tiene finalidad concreta y exige acabamiento. Por eso, el "quehacer" no aspira a dejar una obra hecha, redonda y terminada, pero el "hacer-qué", sí. El "hacer-qué" es operosidad, trabajo; el "quehacer" es un entretenerse, un *en-redarse* en cosas o personas.

Su contraposición marca la diferencia esencialísima entre el hacer humano feminal y el varonil. El hacer más profundo y genuino de la mujer es un "quehacer": amar, cuidar, atender, dar fluidez a su existir entreteniéndole entre las cosas y las personas del hogar (habla, faenas, cuidados) con labor que no termina nunca ni deja una obra acabada. El hacer del varón es el trabajo, la técnica, el pensamiento, la guerra, que aspiran a dejar una obra terminada. Por eso, mientras el hacer varonil se llama "trabajo", el de la mujer toma la forma gerundiva del "haciendo" y se llama "hacendosidad". El quehacer se enlaza existencialmente con la quietud, con la espera y la esperanza, el "hacer-qué" con el trabajo, la conquista y la aventura. Un buen varón siempre tiene qué hacer; la mujer siempre *quehace*. Enredándose en la labor, haciendo y deshaciendo para no terminar nunca. Penélope hace y quehace en su paciente espera. Por algo el encaje de bolillos, la labor de punto, el repasar prendas y el cuidar, son los más profundos haceres femeninos que se traman de su mejor quehacer: amar.

Pero más allá de los sexos humanos, y prescindiéndoles ahora, digamos que el existir es tanto un *quehacer* como un *hacer-qué*, porque la obra que ha de terminar y redondear es la persona, pero esta obra no queda hecha hasta que el hombre acaba de ser, hasta que termina; pero quien la termina y hace es la persona. Esta, más que el principio, es el fin y la finalidad, pero está tramada de fines la persona como su principio. El fin del existir es la persona, pero es la persona la que hace el existir, haciéndose ella misma y desde ella. La persona está más allá del tiempo; el existir es temporal, lo que temporaliza a la persona, pues el existir es la persona temporalizándose, pero no hay existir que no sea desde una persona, no hecha, sino haciéndose, en el "faciendum" personal del existir de cada uno. Hay pues un signo diverso y aun contrapuesto entre el quehacer y el hacer-qué, de tal manera que mientras el primero es fluído e interminable, el segundo es cuántico y discontinuo, con intervalos de pensar en acción y de obra terminada. En el quehacer se evita el pensar fuera de lo que se está haciendo; en el "hacer-qué" se aparta el hacedor para pensar, y piensa, para hacer y terminar y hacer otra cosa, no hacer siempre la misma, como en el quehacer. El "qué" del hacer-qué da talidad y calidad ontológicas, no al hacer, sino a aquello que, luego, al término del hacer, ha de resultar hecho, esto es, una obra, un "ser-qué" nuevo, con su talidad, su calidad, sus cualidades y su modalidad. En el hacer-qué ha de campear un estilo, alguna originalidad y personalidad, pero eso no ocurre en el quehacer, siempre borroso y como repetido y ciego. El "hacer-qué" exige algún saber y alguna técnica o saber-hacer. En el quehacer (cuidar hijos, atender la casa, repasar la ropa, cantar o hablar sin interés), no se exigen técnicas ni saberes, pero sí un saboreo, una gustación y regustación en lo que se está quehaciendo, con inagotable, incansable hacendosidad. El "que" del quehacer no tiene acento ni supone acusada personalidad en el quehacedor, pues el hacer del quehacer, en cuanto a aspiración a una obra redonda y terminada, es más bien un sub-hacer o sub-obrar, y está tramado de inercias y repeticiones próximas al automatismo. Pa-

rece que la personalidad del que está quehaciendo se tenuifica y resuelve en el quehacer mismo. Pero a la vez, el gozo del quehacer está en que se enreda y engrana en lo que está quehaciendo. No es la espera de algo, sino el esperanzamiento en el propio hacedor. Penélope haciendo, rehaciendo de día lo que deshizo en la noche, es el símbolo del quehacer femenino, y también de la esperanza, no de la espera ávida y anhelante que es propia del cazador. Mientras el rematar una obra viene a interrumpir el gozo del hacer, porque, quizá más que goza en el hacer, hay placer en acabar, el quehacer es un engolosinamiento en lo que se está quehaciendo. Así podemos comprender cómo el acabar, el rematar una obra, el sentido profundo del trabajo, no sólo no es un amor al hacer, sino que es afán que oscuramente se enlaza con el impulso de destrucción, con el gozo de deshacer. Para sostenerse en el quehacer, Penélope *des-hace*; para desentenderse, para *deshacerse del hacer*, el arquitecto, el artesano, *acaban* su obra.

SUB-HACER, SOBRE-HACER Y OMITIR

La tendencia secreta a no acabar es propia del hacer feminal, pero también hay un hacer varonil procrastinante (de "procrastinare", aplazar o dilatar el acabamiento). Ambos parecen constituir un sub-hacer o cuasi-hacer. Pero no es lo mismo el quehacer de la mujer que se enreda y entretiene, con voluntad de obra, que el procrastinar del artista en que hay voluntad de obra y aun de perfección en ella. El procrastinar del artista es *dedicación*; el quehacer feminal puede serlo y entonces toma la forma más alta del sobre-hacer, pero también puede ser mero entretenimiento banal, sin espera ni esperanza. La dedicación como orientación honda y decisiva de una existencia a una obra es común a las madres y a los artistas y poetas. También parece dedicación análoga la del científico, pero en verdad el científico no busca realizar una obra, sino muchas, y salta cuánticamente de una a otra. Todas las obras de un artista tienen de común un estilo, un modo

de hacer; las de un científico, a lo más, tienen de común un modo de pensar. El científico somete, dedica toda su obra a su pensamiento; el artista, la madre, el poeta, dedican todo su pensamiento y su existencia a su obra. Aquí prevalece la obra, no ya sobre el pensar sino aún sobre el existir. En el científico, la obra es como un instrumento del pensamiento; al menos, una ocasión de manifestarse y cumplirse. Por eso es menos creador, menos materno que el hacer del poeta y del artista.

No se confunda el quehacer del poeta y de la madre, verdadero sobre-hacer en dedicación, con el enredar, el entretenerse y el charlataneo, de quien no ha encontrado el centro de gravedad de su existencia, la satisfacción a su sentido vocacional; por ejemplo, en el varón desfondado o la mujer solterona, ambos sin ocupación profunda, sin espera ni esperanza, ni confianza en sí mismos, en los que el hacer o quehacer es puro relleno de un existir vacío. Amar, fundar, poetizar, maternizar son formas del sobre-hacer y la dedicación; no lo son el versificar, el verbificar, el enredar y el charlatanear. También puede constituir un sobre-hacer la investigación científica o filosófica cuando se visten de poesía, y se traman de afán creador y dedicación. Pero el mero hacer técnico o científico, el investigar, el razonar, el afán de sistema o de teoría sin creación, es trabajo, más un hacer que un quehacer, y menos, un sobre-hacer, pues el técnico y el científico entonces, parten ya de lo que buscan y quieren encontrar, mientras el poeta, el artista y el filósofo de raza y la madre, nunca saben lo que quieren ni a dónde van. Y sin saber lo que quieren hacer, lo están haciendo. Sin duda el arte y la poesía tienen fines téticos, pero aspiran secretamente a no tener fin ni término, como la maternidad. Ningún verdadero artista o poeta desea rematar; es profundamente quehacedor, procrastinante, existencia en dedicación exclusiva. Todo artista y todo poeta se siente autor de obras incompletas. En ellos, los apuntes, bocetos y obras iniciadas son siempre más, y mucho más importantes que las obras acabadas y cumplidas. El taller del artista y el gabinete del poeta son siempre paisajes de sueños maternos poblados de fetos y muñones. Ninguna gran obra de

ningún gran artista está realmente acabada en la intención de autor. Pero hay sueños intensos vividos de obras que no se cumplirán. Y no se cumplirán porque se trata de un per-hacer, un "perficere" y busca lo que no puede lograr: la perfección última.

En el juego y en el deporte no hay trabajo, pero tampoco hay sobre-hacer. Falta el sueño y el propósito de una obra como meta. Ni el juego ni el deporte tienen fin ni fines; son inacabables, atéticos. Se trata de formas del sub-hacer. Y más que la perfección ni la obra terminada, buscan la distracción. Pero hay otras formas del sub-hacer que no son las del juego ni el deporte y que las aproximan a la omisión, al *abs-tenerse*. Ya no es distracción, sino *re-tracción* y *abs-traerse* de toda obra y de todo hacer. Es un *hacer-sin* objeto, más que un *no-hacer*, ni un omitir en rigor. Tal es el enfaenamiento para oscurecer y casi desaparecer en el hacer, y el apresuramiento en el obrar para borrar la propia conciencia de que se está haciendo, y acabar lo que no se hace ni, en el fondo, se quiere hacer. Hay por último un hacer desgano y sin impulsos, en que el hacedor va remolcado por las circunstancias.

En cambio, puede hablarse de un sobre-hacer que apenas hace nada, pero que hace que otros hagan. Tal es el mandar, el inspirar, el sugerir. Son formas de hacer que brotan de la presencia pura del hombre ante otros hombres, inyectándoles sentido de la acción y hasta voluntad y propósitos de hacer y sobre-hacer. Hay un "imperium" varonil que sin hacer aparentemente nada, hace que otros hombres, por influjo de su presencia imperial, hagan, ejecuten y sobrehagan. Y hay formas de "imperium" feminal por el que la mujer descubre su capacidad de hacer sin hacer. Tal es la inspiración de la mujer musa, de la mujer amada y la sugestión, la aptitud para *su (b)gerir*. La inspiración sopla de arriba; la sugestión influye por abajo. En cualquier caso, sin mandar ni hacer, manda hacer y hace en forma de mandar indirecto. El quehacer de la Historia sólo nos presenta varones que gesticulan, pero tras la Historia está la sugestión, la inspiración de la mujer que actúa como su motor inmóvil, rigiéndola con dirección y riendas invisibles.

bles. Y más alto, por encima de todo hacer humano y de todo sobrehacer, está el misterioso sobre-hacer de lo Divino.

ACAECIVIDAD Y ACTIVIDAD

Hay *actos* y hay *hechos*. La actividad, el hacer del hombre, remite al acto, que es su fruto, no al hecho, el cual es siempre natural. No hay *actos* naturales, realizados por seres de la naturaleza. Tampoco hay *hechos* realizados por el hombre espiritual y libre, sino *actos*. No hay en español palabras adecuadas para distinguir debidamente estos matices. Y tengo que recurrir a forzar el significado de los vocablos "acto" y "hecho", aun sabiendo que el "acto" es forma del "agere", y el "hecho" o "fecho" del "facere", que no designan respectivamente con exactitud lo que quiero decir. Quizá pudiera permitírseme usar, frente a la "actividad" o generación de actos, la "acaecividad" o realización de acaeceres o acontecimientos, dando a este último término lo que tiene de azarosa impersonalidad. Lo que acaece sin mí, o lo que me acaece, no es *acto* porque no es mío, ni es fruto de mi acción. Es más bien *hecho* o acontecimiento, aunque tenga causas bien determinadas y conocidas, pues tienen *causa*, pero no *autor*. Yo crezco o digiero, pero el crecer o el digerir, no los origino espiritualmente yo; no soy el autor sino la causa, cuando más, de ellos; son, en suma, *hechos* y no *actos*. Los hechos que acaecen en mí, pero no son míos en cuanto a la originación, me son ablativos, circunstanciales, adventicios. Todo mi vivir biológico no es acción ni es mi hacer o actividad, sino mi acaecividad. Puedo contrariar alguno de sus hechos, por ejemplo, la visión de mis ojos o la contracción de mis brazos, y puedo *mandar hacer* que mi ojo vea y mi brazo se extienda, pero sólo soy autor del sobrehacer o mandato para ello.

El hacer humano propiamente dicho, no sólo es hacer un "qué", o mandar hacerlo, o sugerirlo, sino también es indispensable que sea actuado o mandado actuar por un "quién", por "alguien" —y

no "algo"— que alumbrado poéticamente por la presencia actúa y aspira a dejar una obra hecha, y en cuanto puede, bien hecha. La noción de "bien", vinculándose al hacer, anuncia a alguien que responde en el doble sentido de respuesta y responsabilidad, pues imprime a lo que hace una tonalidad ética que ningún animal ni ser inerte da a sus hechos. El hombre no sólo tiene que hacer en el mundo, sino también hacer algo que es como su respuesta, y hacerlo bien, porque marca su responsabilidad, pues lo no bien hecho se le revuelve y le sirve de acusación.

El hombre en su hacer es *autor* en la doble acepción de respuesta y de responsabilidad en lo que hace. Autor (de "augere") quiere decir adición, el que aumenta o incrementa, en dos significados: por su respuesta existencial creadora que trae al mundo algo nuevo, no usado hasta él, y por la responsabilidad que *contrae* o *trae-consigo* si deja de hacer *lo que debe*. Se ve que trae consigo una intención poética o creadora y una deuda metafísica inicial; en suma, trae un ímpetu, una presencia, pero también una *falta*, una ausencia, un déficit ontológico (menesterosidad, necesidad de ayuda para poder ser) y un deber de ser. Haciendo cosas, haciendo lo que debe, *hace bien* y se cumple en su vocación y su misión. La ontología del hombre es de talidad y calidad éticas y por eso la ética brota de la metafísica del hombre. La primera forma ontológica del hombre es la de *deber, ser en deuda*; y el primer deber, el de ser, precisamente el que cada cual debe ser. Y así la llamada "moral como contenido" brota de la estructura ontológica del hombre, que es, me parece, lo que dicen Zubiri y Aranguren. Todo acto humano es poético de algún modo y en algún grado, y pone, gracias a su presencia de hombre, una luz existencial sobre las cosas del mundo. La misma persona que cada uno resulta ser, en su existir es fruto de la acción creadora de esa persona. Se asombrará algún lector de tal "círculo vicioso" o contradicción en esos términos, pues —podrá decir— si la persona es fruto de la acción existencial, no puede ser la autora de esa acción. Sin embargo, todo lo circular es así, a la vez semilla y fruto, generador y consecuencia. Y así es todo lo que se autoengendra: el círculo,

el pensamiento, la vida, pues la semilla da el fruto y el fruto, la semilla, conservando su homogeneidad. Y así es la acción existencial, en la que el fin es el principio y el principio lo es gracias al fin. El acto humano funda sus fines, sacándolos de su principio como acción; el fin de la volición está a la vez, al principio y en la meta, y en los fines *principian* otros fines, y en el principio se ve que están latiendo fines. El autor en sus actos se erige a sí mismo como principio merced a los fines que él mismo funda. El autor, como tal, se autogenera y saca todo de sí mismo. El autor no obedece unos mandatos que le vienen de fuera, sino que su autoría está en que todo nace de él. Lo que hacen el animal, el astro o la piedra no es propiamente un hacer, sino un *dejarse hacer*. Su moverse significa exactamente *ser movidos*. La misma energía que incansablemente mueve y *se mueve* lo hace porque está forzada a ello, *movida* a ello. Lo propio de las cosas no es un "hacer" en la acepción que le vengo dando a este vocablo, sino un "agere", un "operari", o mejor, un "efectuar", un realizar como efecto. Sólo el hombre tiene aptitud para mover sin moverse; y esa aptitud es la acción: cuando piensa, ama, proyecta, recuerda. Si, por la acción de su voluntad, mueve músculos y huesos, ese movimiento es efecto de la acción y no la acción misma. Quien causa esos movimientos es un "autor", no una "causa". Lo más que podría decirse es que hay un "hacer" *activo* de persona y un "hacer" *pasivo* de cosas.

Pero insisto en que, en rigor, las cosas no hacen nada, sino que en ellas sobreviene, acontece el "hacer" como un hecho. No es acción ni actividad la suya, sino acaecividad, acontecividad. Las cosas sirven a la acción y entran en la actividad del hombre gracias a la fuerza poética con que éste actúa sobre ellas. Pero el actuar mismo, la actividad no es propio de las cosas sino del hombre. En las cosas hay movimiento, no acción.

EL SOBRE-HACER DE LA DEDICACIÓN Y LA PERFECCIÓN

Todo "hacer" del hombre con autenticidad es "acto" y es poético; si no, resulta sólo "hecho", extraño a su autoría. El hacer es pasivo en los seres inertes, porque lo que hacen está previsto, pre-hecho en sus leyes, como está previsto lo que hacen los animales en sus instintos específicos o generales. Ningún ser natural deja de hacer lo que tiene que hacer cuando llega el momento, la conjunción del mandato con la circunstancia favorable o la instancia propicia. Sólo en el hombre el verbo "hacer" es poético, lo que le configura como poeta y como ser *extra-natural*, *preter-natural* y *sobre-natural*. Hasta el omitir mismo, el no-hacer y aun el des-hacer exigen del hombre actitud y acción poética y nada natural. *Decir que no*, a la Naturaleza es disponerse a *hacer poesía*, erigirse en actitud de autor, sobre-poniéndose al sistema de las causas que rigen en el mundo natural. Los seres naturales (animales, vegetales, inertes) obedeciendo a lo natural cumplen, viven, no responden, pero se *dejan* ser lo que son. No necesitan hacer nada nuevo para ello, no necesitan esforzarse en ser, sino *dejarse hacer*. Cuando decimos que la piedra cae o el perro come, no decimos que la piedra "hace" el caer ni el perro "hace" el comer, sino que uno y otro cumplen un "hacer", la orden de un "hacer" que les viene impuesto. Algo o alguien hace y pre-hace o sobre-hace por ellos, pues les manda, les inspira, les hace ser. Su perfección específica está en su especie que es la que se la comunica. Todos los seres naturales pueden ser perfectos según su especie. Pero tampoco la especie manda o sobre-hace por sí misma, en virtud de una aptitud poética o autora, sino que alguien está detrás o sobre la especie y le comunica el poder de ese hacer y comunicar a los seres de su jurisdicción natural.

Sólo el hombre poetiza y autoriza en el mundo y frente a lo natural, hasta cuando no se lo propone. Sólo el hombre "hace" y per-hace y sobre-hace y se perfecciona, pues todo lo que va haciendo le sirve para irse haciendo, y no sólo su hacer es *propio* o auténtico, sino que en ese hacer se va apropiando de lo que hace,

lo va incorporando sustantivamente a su ser, y en ese per-hacer se perfecciona. Siempre hacemos según lo que profundamente somos, y siempre resultamos ser aquello que vamos haciendo, siempre que el "hacer" sea acción y no un mero ejecutar automático y sin autoría. Pero hasta cuando lo hacemos no nos es propio, terminamos por apropiárnoslo, si hacemos intervenir en ello la autenticidad, el ímpetu poético de la presencia y el sentido.

Las cosas no hacen, pero asimilándolas, ordenándolas, mandándolas, el hombre las hace concurrir a su "hacer"; y ellas van concretándose, con-creciendo en su contacto, en el uso, en el manejo, en el conocer y saber del hombre. Por eso, porque el hombre las necesita para su "hacer", las ocupa y se pre-ocupa de ellas. Si las cosas no se dan, sino que son dadas, y por eso son *datos*, menos podrán dedicarse al hombre, pues ya sabemos que el dedicarse es un *sobre-hacer* poético. Las cosas sólo quedan *dedicadas* cuando las sometemos y ordenamos, pero ellas no se dedican por sí mismas. Sobre el "hacer" y el "dedicar", Ortega dejó dichas cosas bellas y hondas, aunque insuficientes. Por ejemplo: "El hombre no es sino lo que él se hace. En cada instante, queramos o no, tenemos que decidir lo que vamos a hacer en el siguiente. Al hacer algo, lo que verdaderamente hacemos es nuestra vida misma, puesto que la hacemos consistir en esa ocupación" (O. C. VI, 348). Y en otra parte: "Al animal no sólo le es dada la vida, sino también el repertorio invariable de su conducta. Sin intervención suya, los instintos le dan ya resuelto lo que va a hacer y evitar. Por eso, no puede decirse del animal que se ocupa en esto o en lo otro" (*Dos prólogos*, pág. 17). Pero antes de estas últimas palabras, dijo: "lo más activo que un hombre puede hacer es no hacer simplemente algo, sino *dedicarse* a hacerlo. Los demás seres vivientes viven sin más. Al hombre, en cambio, no le es dado dejarse, sin más, vivir; antes bien, tiene que *dedicarse* a vivir; es decir, entregar deliberadamente y bajo su intransferible responsabilidad, su vida, o partes de ella, a determinadas ocupaciones. La dedicación es el privilegio y el tormento de nuestra especie". Notemos que nos dice ahí que la dedicación es lo "más activo",

una intensificación del "hacer", algo que *per-hacemos* y nos *per-hace* o *sobre-hace* o *per-fecciona*.

¿Qué es la dedicación? Por de pronto, no es un "hacer" cualquiera, sino un sobre-hacer o per-hacer. Y si las cosas no son capaces de hacer por sí, menos podrán dedicar. Y si a sí mismas no se dan, sino que son dadas, menos podrán *dedicar-se*, sino todo lo más, *ser dedicadas*. Quien *dedica* y se *dedica* es el hombre, cuidador, jardinero de sí y de las cosas del mundo, tanto naturales como artificiales. El hombre es el gran dedicador, puesto que es hacedor y poeta por eso, por *privi-legio*, por una ley privativa de su ontología. El "dedicare" latino tuvo muy pronto el significado de voto o promesa, de un "hacer" sagrado, de una consagración. Vino a ser entre los latinos lo que éstos llamaron "devotio", palabra emparentada con "deus" y que en español no tiene forma verbal como la tiene en latín ("devovere"): En español, la "devoción" suena como una dedicación intensificada, como el "hacer" máximo del dedicar. Pero el mismo "facere" latino tuvo también acepción religiosa, acepción de consagración como "hacer" máximo. En la Egloga 3a. dice una vez Virgilio: "Quum faciam vitula pro frugibus".

Es que el verbo "hacer" está profundamente unido en el hombre al de ser o "existir", al de "haber" y saber. Lo que el hombre hace con autenticidad lo ha o tiene y lo es, y lo que el hombre va siendo, es que lo hace y lo ha o tiene. Y lo tiene al menos en forma de saber. Los animales ni hacen ni saben ni tienen. Por eso, son, pero no existen. El hombre al hacer las cosas, ya las sabe, pues las sabe hacer. El primer saber del hombre, su propio y auténtico sabor, brota con el existir que es un "hacer". Haciendo y sabiendo, liga a las cosas con él, y se religa con los hombres en un co-hacer social, en un co-presenciar y en religión o co-hacer ante Dios, con-sagrar, co-dedicación. El existir del hombre se vuelve primero, fe, un "religere" con lo divino, y luego se hace un "religare" con los hombres, en solidaridad y con-testación. Dedicación al hombre; devoción a Dios. No se dedica a las cosas, sino que *las* dedica al hombre mismo y a Dios, aprovechando la

respectividad de las cosas al hombre, y su texto de seres creados por Dios. Ligadas las cosas al hombre por el hacer, el haber y el saber, éstas quedan per-hechas, per-feccionadas en su función ontológica respecto a él. No sólo las cosas en su relación con el hombre se concretan y *con-crecen*, sino que se perfeccionan en su ser-qué. Pero el per-hacer y el sobre-hacer toman su carga intensificada y su sentido del hombre y no de las cosas. En el "perficere" del hombre sobre las cosas no son las cosas las que, en rigor, se perfeccionan, sino el hombre. Al dedicarlas a él, el hombre se perfecciona, y con la perfección del hombre se perfeccionan también las cosas.

Todo hacer auténtico de autor, no solamente es un bien-hacer sino también un hacer bien, pues siendo auténtico ese hacer constituye un per-hacer, y en él el hombre se perfecciona, y la perfección de cada uno se manifiesta como un bien ontológico del hombre para sí y para los demás. Es que el bien humano es de esencia comunitaria, como lo es la co-presencia y el espíritu. Toda moral es comulgada o, al menos, colectiva y de índole social. La ética, en singular, tiende a convertirse en costumbres, en plural, pues la llamada vocacional en cada hombre está orientada hacia los demás hombres y sólo con ellos y en su respectividad se cumple. La moral nunca podrá ser relativa, en la acepción de que hay una para cada uno, pero siempre será funcional y respectiva. De ahí, no la individualidad de sus principios sino su universalidad, pues ésta se toma de la universalidad de todo lo espiritual. De donde resulta la historicidad de la moral y de las costumbres, haciendo que éstas varíen en sus postulados, pero no en sus principios. La historicidad no es opuesta o contradictoria a lo universal, sino el modo humano de realizarse lo universal, no en abstracto, sino en concreto, en el hacer del hombre que va haciendo, con-crecer las cosas.

Todo bien-hacer supone hacer el bien, proyectarlo presencialmente en el mundo. El primer bien que el hombre proyecta es su presencia misma, que es también el primer valor porque es lo que hace que las cosas se presenten a él en respectividad y puedan

valer. El bien que proyecta el hombre, como la presencia con que ilumina las cosas del mundo, no son sino reflejo de Dios, algo así como su eco luminoso y presencial. De ahí en el hombre su aspiración al fin último del que tiene la entreconciencia de haberlo quedado atrás, pero también la sobreconciencia de poderlo re-encontrar hacia adelante, en su acción existencial si es auténtica y sincera. El hombre en su autenticidad experimenta que de lejos le viene la luz de una Presencia de que su presencia está tejida. Y todo lo que se relaciona con esa Presencia le sabe a bien y por eso la rastrea en sus haceres entre las cosas. El bien que el hombre *da* (y no sólo el bien que *alcanza*), le brota de su bien hacer que, al proyectarlo en el mundo, se convierte en un hacer bien. Y en ese hacer bien y bien hacer se van perfeccionando tanto el hombre como las cosas que junto a él concrecen.

Creo que de ahí arranca el principio escolástico de que el hombre actúa siempre bajo la razón de bien, aunque esté ejecutando el mal, pues si el hombre busca hacerse en su autenticidad y el mal es la negación de esa autenticidad no tiene sentido que busque el mal como mal para recrearse en él. Puede hacer el mal, pero no quererlo. Cuanto el hombre hace sinceramente como autor es en sí, bueno, porque busca crear, fundar su propio ser, y fundarlo según los dictados del espíritu que en él va a cumplirse como persona. Si lo que el hombre hace resulta malo, es que no obró sinceramente ni buscó su propia autenticidad en acción de autor. Todo lo que cumple los dictados e imperativos del espíritu es bueno. No se trata de que el hombre intente en su conducta ética *realizar* el espíritu (convirtiéndole en "res"), ni de *efectuarlo* (haciéndole un "efecto"), que eso significa des-conocer al espíritu, sino que se trata de asegurarle el mando, la primacía sobre el mundo de lo natural, y por eso el hacer es un sobre-hacer, un per-hacer que *perfecciona*. Todo aquello que disminuye el influjo y predominio del espíritu, o lo retarda, o lo contraría, es malo. Hay mal en el mundo porque hay hombres inauténticos e infieles a su más profunda vocación. La autenticidad favorece siem-

pre los designios del espíritu y con la verdad existencial siembra el bien.

Por eso, la persona se *perfecciona* siempre con el hacer auténtico o bien hacer. El mal no es auténtico; nos suena a extraño, a *in-debido* sin que nos lo enseñen. Ni el salvaje ni el analfabeto obran mal si obran con autenticidad. Hallamos el mal cuando echamos de menos el bien y notamos nuestra insinceridad o nuestra falsificación existencial. Tiene el hombre necesidad metafísica y por eso nota el mal donde se le presenta, y se le presenta como algo negativo. Por eso, porque el hombre no es perfecto y necesita serlo sin poderlo ser, es perfectible. De ahí su profunda necesidad metafísica de hacer y hacerse. Se experimenta como *necesse*, y haciéndose, se perfecciona. El hacer del hombre no brota del ser, como brota en el animal, sino del no-ser de su existir. Su "siendo" es su "faciendum". Nunca acaba su perfección porque sus fines no son término y acabamiento de la acción, sino medios para otros fines más altos. El fin se perfecciona haciéndose medio. En cambio el medio se deteriora y pervierte haciéndose fin. Sacando unos fines de otros, el hacer es quehacer, es acepción de sobrehacer, *per-fectibilidad*. Al través de sus fines se va cumpliendo. Esos fines son sus posibilidades, no abstractas sino existenciales. Por eso, financiamos nuestros fines prorrogándolos. Fundamos nuestras posibilidades en nuestros fines, no porque nos los apropiemos sino porque como las posibilidades, esos fines, nos son propios.

HACER Y HABER

Hay en el genio de la lengua española —y de otros idiomas— tal ímpetu poético, que le lleva a dar forma verbal, acción verbal, a nombres y hechos, a veces inertes que, por sí solos, no son capaces de "hacer" nada. Basta tomar un nombre o su tema radical y añadirle el sufijo "cer", quizá aféresis de "hacer", para que el hombre, el hecho aquél, tome acción y se haga verbo. Y así decimos "frute-*cer*", "enrique-*cer*", "anoche-*cer*". Notemos

que atribuimos un "hacer" a lo que no es capaz de ningún "hacer", y que cuando son verbos que llevan en sí su propio "hacer" no necesitamos atribuírselo ni ponerle enclíticamente ningún "cer". Construir, saltar, hablar, correr, no lo llevan porque no lo necesitan. Es sólo cuando de un nombre que no es acción, queremos volverlo un verbo. La poética del hombre le lleva hasta fundar, atribuir o inventar un "hacer" en lo que no "hace". Esos verbos que formamos haciéndoles terminar en "cer", indican cierta impersonalidad, in-subjetividad en el "hacer", un "acae-*cer*" o "aconte-*cer*", un mero ocurrir (ob-*currir*), tomando el "currere" del "correr" impersonal del tiempo.

Notemos que también decimos "fructi-*ficar*", "clasi-*ficar*", "noti-*ficar*", "cosi-*ficar*", pero siempre en lenguaje intencionadamente culto y para aludir siempre a un hacer de hombre, con ímpetu de acción y fundación. No puede ser más que un hombre el que "clasifica", "cosifica", "notifica", "fructifica". Indebidamente decimos que el árbol *fructifica*, en vez de *frutece*. Y cuando decimos que el hombre *se enriquece* o *empobrece* no va dicho en forma activa, sino en *pasiva*. Es algo que *acontece* o *acaece* al hombre. Sobreviene u ocurre la pobreza, el enriquecimiento, el fruto. Es un matiz muy fino de nuestra lengua, lograr un "hacer" sin sujeto que haga. Por eso atribuimos también el "hacer" a seres y fenómenos que no pueden ser sujetos activos. Pero entonces impersonalizados, desubjetivamos el verbo. Y así decimos: *hace* tiempo, *hace* frío, que equivalen a "frie-*cer*", "tempore-*cer*". Notamos de este modo que el "hacer" no es *acto*, sino más *hecho* que nunca, pues son *acontecere*s naturales que ya encontramos como tales *hechos*. Y esos hechos ahí acontecidos sin esperar el hacer del hombre, tienen el aspecto de lo que "hay". Cuando decimos "*hace* calor" o "*hace* buen tiempo", lo que venimos a decir es que "*hay* buen tiempo" o "*hay* calor", porque han *acontecido* o *sobrevenido*. En los nombres que queremos verbalizar ponemos un "cer", para indicar el *acontecer* impersonal de su "hacer". En los acontecimientos ya *hechos*, sin sujeto, el "hacer" lo convierte en "hay", forma impersonal del "haber". También, al revés, cuan-

do lo que *hay* no *me conviene*, no *me importa*, no *me interesa*, en la forma unipersonal e impersonal de estos verbos, usamos, en su lugar, el verbo "hacer" y decimos por ejemplo: "esto no me *hace*", no me *pete*.

Hacer es siempre incrementar poéticamente el mundo, poner en él algo nuevo. El recíproco del verbo "hacer" es "tener" o "haber", tomar posesión de lo que "hay", de lo hecho y actuado. Y así el vocablo "ocupación" tiene doble sentido: el de "ocupar" activamente, tomar posesión, y el de *ocupar-se* sobre-activamente, como sobre-hacer, atender, cuidar. Lo que *hay*, es previo a lo que *es*, por lo menos es la indeterminación previa al ser-qué de cada cosa. Pero todo lo que acontece y ocurre, todo lo acontecido y hecho, ahí está, *lo hay*. Lo que *hay*, ha acontecido u ocurrido sin "hacer" de hombre, de un modo impersonal o in-subjetivo. Pero el hombre entra a saco y tala en lo que hay y va fundando seres-qué, es decir, lo que hay lo va ocupando, *habiéndolo* o *teniéndolo*, se va *apoderando* de ello, esto es, le va quitando su poder difuso y confuso y le va dando su propio poder de hombre. Y así va ligando lo que hay, a su ser existencial. Lo que hay, como tal, el hombre ni lo ha, ni lo tiene, ni lo hace, pero a medida que del "hay" va *haciendo* ontología de seres-qué lo va habiendo, o teniendo, se va *apoderando*, posesionando al ritmo del ir *haciendo*. Todo hacer es ir fundando e ir *habiendo*. Al hombre que *hace* las cosas bien, le llamamos "hábil", de haber, pero significando "hacer"; también le llamamos "apto", de "apiscor", derivado del antiguo "apere", coger, *apropiar*, apoderarse, de modo que "apto" quiere decir *apropiado*, pronto a apoderarse de las cosas. Poseemos y habemos lo que hacemos, en sentido profundo, para apropiarlo, volverlo existencialmente *propio*. El imperativo antiguo de "haber" es "habe", y en mi pueblo natal de Extremadura se dice imperativamente "¡habe!" con el significado de "haz sitio", como si fuera un "hacer" referido a un "hay" en el espacio. Y es que el "siendo" existencial del hombre, *le hace* haber o tener aquello que va incorporando a su ser o existir.

Pero si lo que el hombre hace (y aún no hace, pero acaece o

acontece) queda hecho y constituido en ser-qué, y si ya el existir mismo es un "faciendum", resultará que el "hacer" no es previo al existir del hombre, pero sí es anterior al "ser-qué" de las cosas, pues a las cosas sólo la presencia del hombre les hace "ser-qué". Su entidad u onticidad, su condición óntica se la da Dios, pero su "ser-qué" respectivo solamente se constituye con la presencial humana, pues solamente el hombre les hace ser-qué en respectividad a él. Para ser cada cosa lo que es, necesita un "hacer" de hombre, por lo menos una presencia, un presenciar, que es también un "hacer" primero.

Pero si el hacer del hombre es anterior al ser-qué de las cosas, pues ya el primer hacer sobre ellas, el presenciarlas es hacerlas ser, y es haberlas o tenerlas, un apoderarse y apropiarse de ellas, todo existir de hombre, por su parte, si no es previo al hacer (puesto que es un "haciendo" y un "haciéndose") y sí es, por lo menos, previo al ser-qué de las cosas. Y ese existir es más que un "hacer", un "sobre-hacer", pues por ejemplo, querer hacer algo, resulta siempre anterior al hacerlo. Y hasta cabe que *queramos hacer* lo que no *podemos hacer*. Y no *podemos* hacerlo no por falta de querer, sino porque no tenemos *poder* para hacerlo. Pero en cambio, tenemos poder para *querer* hacerlo, pues la voluntad es poder o fuerza, y no mera posibilidad abstraída desde el hombre a las cosas y los acontecimientos. Y por eso, porque *podemos siempre querer hacer*, aunque *no podemos hacerlo*, ese "poder hacer" del querer es ya un *pre-hacer* o *sobre-hacer*, y no un mero y simple hacer. En el "pre" de la presencia se fundan, pues, el poder, el haber y el hacer del existir. Y al margen de todos esos verbos, el saber.

Lo que se hace, *se hace* porque *se puede*, pero no siempre lo que *se puede hacer*, *se hace*. Ni la posibilidad es la potencia o poder, ni lo posible es lo fácil ni lo factible. Fácil o hacible, es lo que puede *ser hecho*, lo acontecible u ocurrible. Factible es lo que *alguien*, un hombre, *puede hacer*, instituyéndolo en *acto* y no en *hecho*. *Es posible*, en abstracto, lo que no es fácil ni factible sino acontecible. Pero en el hombre el poder mismo puede ser fruto

de un acto, del querer como potencia. Es lo que llamamos "hacer un poder", porque *hay* posibilidades, y el "hay", en sí mismo, es una inmensa posibilidad, pero quien *hace* o saca posibilidades del "hay" es el hombre. Y las saca según sus poderes o potencias existenciales. El hombre no es sólo un posible, un ser lleno de posibilidades que le han sobrevenido y que las halla en él, sin haberlas hecho, sino que es máxima potencia o poder que no sólo hace o sobrehace cosas, sino que "hace también los posibles" y aún los imposibles para actuar y mandar en el mundo. Tiene poder y lo da, y funda posibilidades que *no hay* antes de darlas él. Cuando decimos que el hombre se *a-podera* de cosas, no decimos que quite a éstas su poder o posibilidad, sino que les da u otorga poderes y posibilidades que ellas no tienen: los del hombre como existencia poética. El hombre, al querer, "hace los posibles". Y si el hombre, a veces, *quiere hacer* más de lo que *puede hacer*, es porque su querer es un sobre-hacer, que empieza por fundar su propio querer y su mismo existir como ir siendo y haciendo y pudiendo y habiendo y sabiendo. Su existir se trama de "queriendos", de proyectos y futuros, de lo que no es y acaso de lo que nunca llegará a ser.

Las cosas se *prestan* ofertivamente a ser-qué para que el hombre *pueda* existir. Cuanto el hombre *hace* (una silla, rezar, consolar, pensar), y hasta lo que es *hecho* sin su actividad intencional, revierte sobre el hombre y modifica, le influye en su "siendo" y su modo de ser. Pero esa "ofertividad" de las cosas no es actividad ni intencionalidad. Lo que ellas *hacen*, les sobreviene; lo *efectúan*, lo *ejecutan*, lo *realizan*, dejándose ser lo que son y la presencia les hace ser. Hasta cuando son causas y *hacen* efectos, *se dejan* instituir en causas; ellas no deciden serlo. Toda cosa como "hecho" pide una determinación y una causa extraña a ella. Si el acto brota del presenciar, y el presenciar es ya un acto, el "hecho" brota con el después del suceso y la posterioridad a una causa. Y una vez constituido el "hecho" queda muerto como "sido", sin que haga nada para seguir siendo. En cambio, el acto, sigue siendo y actuando y nunca llega a pasado completo y aca-

bado. Por eso la Historia se integra de *actos* y no sólo de "hechos"; y no es puro pasado, sino pasado actual, presenciado o presente, con virtualidad de acción todavía. Mientras los hechos naturales del pasado (catástrofes, epidemias, accidentes futurantes, etc.), no son históricos y han dejado ya de ser, son totalmente "sido", la invención de la imprenta, el paso del Rubicón, las discusiones de Trento, no han pasado del todo y siguen resonando existencialmente en los hombres. Y si algún hecho natural es reputado como histórico es porque lo revestimos de la historicidad que en sí no tiene. El nacimiento de Platón o de Goethe es un *hecho natural* que ellos mismos, y nosotros después, hemos dotado de historicidad como si fueran *actos*.

Y ahora una cuestión importante para la historia de la filosofía: ¿qué relación tiene la noción del acto y la potencia aristotélicas con estas acepciones del poder y el acto que vengo dando en estas páginas?